



Amelia Madrid siempre se había dedicado a su trabajo, desde que era una niña que soñaba con vestidos blancos para llevar al altar. Todas sus muñecas tenían varios trajes de novia diseñados, cosidos y rematados por la propia Amelia, que recreaba con ellas las bodas que soñaba para sí misma. Y en el fondo, acertó: corrieron su suerte y tampoco encontraron al muñeco de su vida, porque a Amelia ninguno le parecía suficiente. Todos se le antojaban demasiado sosos para sus niñas. Y no eran manías de cría repelente, porque era un hecho objetivo que absolutamente todos tenían defectos físicos insalvables para consumir el casamiento. A uno se le saltó un ojo al segundo día de estar en su casa, a otro los mechones de pelo se le quedaron pegados en los dedos como si estuviera enfermo, y como estos, todos. El menos malo fue el último, tal vez porque Amelia ya empezaba a intuir que se le estaba consumiendo el tiempo de jugar a las casitas y sus niñas acabarían quedándose solas por haber tenido



una dueña demasiado exigente, pero, aunque no puso trabas a la relación, tampoco cuajó porque el muñeco desapareció sin dejar rastro. Años más tarde, supo que su prima Manuela se encaprichó de él y se lo quitó un día, después de la merienda de pan con chocolate que su madre les preparaba de mala gana porque no le gustaba convidar a nadie, sin importarle en absoluto la soledad en la que dejó sumida a su novia de plástico.

—Mejor —les decía para animarlas mientras las peinaba o les cambiaba el vestido para volver a dejarlas sobre la cama—. Es mejor que no os caséis, así podréis venir siempre conmigo. Y, además, vuestra boda hubiera sido una birria, porque no sé coser para los chicos.

Era sincera: sólo tenía buena mano para los vestidos de mujer, por eso cuando se hizo mayor y montó una tienda de trajes de novia tuvo que buscarse a alguien que se encargase de los futuros maridos y de los hombres de sus familias. Para entonces, ya sabía lo del robo de su prima Manuela y algunas cosas más, y semejante sobredosis de información le avinagró el carácter y desmigajó la fantasía que tanta compañía le hizo de cría. Se enteró de que su padre se entendió durante años con la madre de su prima, ladrona



la madre y ladrona la hija, y lo peor de todo, ya sabía que su propia madre consintió todo aquel tiempo esa relación, no porque quisiera a su marido, sino para que la dejaran importunar a placer, a ellos, y a cualquiera que se le pusiera por delante con la intención de ser feliz, como era el caso de Amelia.

Porque Amelia no tenía más propósito que ese, la felicidad, pero su madre la consideraba parte del mundo del que había que vengarse, y bien que se vengó. Ninguno de sus novios fue de su agrado, y acabó por espantarlos a todos a base de enfermedades. Cada vez que Amelia tenía una cita le daba un ataque, uno cualquiera, a discreción de la inspiración que le viniera ese día: apendicitis, lumbago, gota, corazón, y eso cuando no eran todos a la vez. Ellos se cansaban de esperar en el patio de Amelia para ir al cine, al baile, a pasear, y al final siempre daban con otra más dispuesta para acompañarles. Más guapa o más fea, pero disponible al fin y al cabo.

Cuando Amelia quiso darse cuenta tenía cuarenta años, varias muñecas con veinte vestidos de novia para cada una, y una madre de sesenta y siete, más enferma, más enojada, más malcarada que nunca, postrada en el salón de



su casa. Estaban solas. Su padre y la madre de la prima Manolita llevaban años muertos y enterrados, y los demás, más listos o más rápidos que ella, se habían alejado de aquella casa que apestaba a soledad.

Al morir su madre, las cosas no fueron mejor. Se sentía demasiado vieja para encontrar a nadie que le acomodase. Los hombres de verdad eran como los muñecos: les faltaban ojos, se les caía el pelo, desaparecían. Ella misma era tuerta, calva, ausente. Invisible para cualquiera que no entrase en su tienda a encargarse el traje para su boda. Por eso no hacía otra cosa que trabajar, todos los días, todas las horas. Le gustaba imaginar que era otra persona, que tenía otra vida esperándola en otra parte; fantaseaba con la idea de que en algún lugar dormían dos hijos en dos camas gemelas, que un marido todavía conservaba el regusto de su beso en los labios y que en un dormitorio aún resonaban sus palabras: «Me voy a la tienda, que aquí no se puede trabajar». En su quimera, le gustaba tomarse un café en una taza roja pensando en esa familia inventada y al mismo tiempo real, y sentir el humeante olor apoyada en su mesa de delineante donde esbozaba los trajes, aunque ahora ya no fuera como antes. Antes, los



hacía todos ella, sin estudios, «eh, sin estudios ni nada, que no me han hecho falta», y decía la verdad: Amelia había logrado una fama, merecida y trabajosa, por la calidad de sus vestidos. El boca a boca la había convertido en una de las modistas de más renombre de Pinelló, cuando todavía cosía en casa de su madre y, a veces, hasta le llegaban clientas de la mismísima Valencia que habían ido de convidadas a bodas punteadas de cabo a rabo por ella; por eso, cuando ahorró lo suficiente tuvo la idea de montar su propio negocio. Al principio, barajó la posibilidad de abrir la tienda en la ciudad, pero los locales del centro eran demasiado caros y los de las afueras no merecían la pena.

—Pero si tú no sabes hacer nada. No tienes ni idea y te crees que va a ser lo mismo que hacer cuatro batas para las cuatro viejas roñosas que no son capaces ni de ir a la capital a comprarse un vestido —le advirtió su madre.

—Yo no coso sólo para viejas. También coso para jóvenes que si me encargan a mí la ropa es porque les sale mucho más barata y es de mejor calidad —protestó.

—¡Bastante sabrán ellas! Si me hicieran caso, otro gallo les cantaría. Menos mal que sólo se casan una vez, porque si quisieran volver





a ponerse tus trajes, ¡quía! Es lo que yo digo: que no sabes hacer nada de provecho, que no tienes ni idea. Por no tener, no tienes ni marido.

—Pues me buscaré ayuda, contrataré a gente que sí sepa hacerlo —le replicó.

—Pero a encontrar marido no te van a enseñar, no.

En eso tuvo razón: no la enseñaron a encontrar marido, pero sí que sirvieron para todo lo demás; para llevar las cuentas, para encargarse de los pedidos, de los proveedores, de los pagos, de los cobros, de los clientes, de los trajes de hombre y hasta de la limpieza, sólo para fastidiar a su madre, que no concebía que otra mujer fuese limpiando la porquería que generaba su hija. Amelia se encargaba de dibujar, y de cortar, y de hilvanar, y de probar y de coser los trajes de las hijas y de las primas y de las sobrinas y de las hermanas de las mujeres a las que ya les había dibujado y cortado e hilvanado y probado y cosido antes sus trajes. Le fue tan bien que al poco tiempo tuvo que contratar a cinco costureras y tres dependientas más y dejó de coser ninguna otra cosa que no fueran trajes para bodas y otras fiestas.

—¿Ves como todo el mundo no pierde tanto el tiempo como tú? —le reprochó la



madre—. Te pasas el santo día trabajando y trabajando y haciendo para las otras los trajes que tú nunca podrás llevar. Qué lástima de vida la tuya.

En eso también tuvo razón. Ella, que siempre iba hecha un pincel, que se guardaba los mejores cortes de todas las telas que llegaban al taller; ella, que era la envidia de todas las señoras porque tenía negocio propio y cierto atractivo, estaba condenada a no lucir en su vida el único traje que hubiera querido ponerse. Y eso que no era fea, porque no era fea. Tenía ya los cincuenta más que cumplidos y todavía conservaba intacto el brillo del pelo y la firmeza de las caderas, como si fuera una adolescente, lástima que sólo ella pudiera verlo, con lo suave que mantenía la piel ahí donde se le juntaban los muslos y ese pliegue tan gracioso, como de muñeca, que se le formaba en el pompis, en el pompis justamente, porque a ella no le gustaba la palabra culo. Y no tenía colgajos ni en el cuello ni en los brazos, y no como algunas madres, e incluso algunas hijas, que pasaban por la tienda para probarse sus creaciones. Amelia estaba de buen ver, y lo sabía. Ese era su consuelo: su lozanía, su exuberancia oculta bajo las blusas de seda y las faldas de *tweed*,

escondida tras los diseños calcados de Chanel, o de Christian Dior, o de Courrèges, sus favoritos. Iba siempre hecha un figurín, pero no servía de nada, porque cada noche aquellas telas preciosas se quedaban igual que ella misma, colgadas, solas, rechazadas, tristes.

Su clase era tan indiscutible que incluso las más chismosas le perdonaron que fuera lo que era, una solterona, y habían hecho correr bulos que la salvaban de la desgracia de no tener a un hombre al lado. Le inventaron amantes y cursos de corte y confección en el mismísimo París, donde habría conocido a pintores, poetas y otros hombres de probada vida nocturna que la condujeron a un mundo de lujuria y perdición del que, por suerte, la pobre Amelita supo zafarse para volver a casa a cuidar de su madre enferma.

Amelia les estaba agradecida por esos embustes porque en el fondo de su corazón le hubiera gustado que su pasado se hubiera escrito justo con aquellas letras; le hubiera gustado tener a alguien al lado, a quien fuese, lo mismo le daba. Se sentía sola. Por eso, algunas noches, se entretenía jugueteando con el vello de su pubis, al principio con cierto descuido y al cabo de un rato con plena conciencia de sus gestos.

Sus dedos, rápidos, hábiles, acostumbrados a cortar sin vacilación metros de tela de valor incalculable, recorrían con la seguridad de un cirujano su sexo inexplorado por cualquier otra caricia y acostumbrado a las suyas, a su pesar. A veces pensaba en los maridos de las clientas pero casi siempre dejaba la mente en blanco, o fantaseaba con los hombres que habría conocido en su supuesta vida en París. Y cuando todo terminaba, con la respiración todavía entrecortada, se echaba a llorar de pura soledad. «Que me tenga que ver así», pensaba entre sollozos. «Que yo me tenga que ver así, con los pretendientes que he tenido... Me cago en mi madre», musitaba apretando con fuerza las sábanas, y aquella era la prueba irrefutable de su tremenda derrota, porque ella, que no decía una palabrota en todas las horas del día se abocaba a la noche con una ordinariéz semejante. Tomaba aire, pesarosa. Pero luego se arrepentía de aquel arrepentimiento. «Que Dios me perdone», decía, «Que Dios me perdone... pero me cago en mi madre.»

Así le pasaba la vida: los días cosiendo, las noches cagándose en su madre después de masturbarse. Aunque eso no era exactamente así. Había un día, siempre el mismo, que a pesar de su invariable repetición rompía la mo-

notonía de Amelia: todos los viernes de final de mes invitaba a cenar a sus empleadas, una costumbre que se remontaba a los tiempos en los que trabajaba en la salita de su casa y se tuvo que inventar aquella cita para escaparse de la letanía de protestas y reproches de su madre. Entonces cenaba sola en un restaurante pequeño que no tuvo suerte y que acabó cerrando por falta de clientes, que era precisamente lo que a Amelia le atraía de él, que nadie podía fijarse en ella, sentada, solitaria, en una mesa alejada y tratando ridículamente de hacerse pasar por una emigrante parisina que pedía milhojas de queso y vino de la Borgoña.

Amelia sabía que muchas acudían a las cenas por obligación, pero prefería mil veces aquella certeza que tener que soportar un segundo más de soledad. Bebía más de la cuenta y se pasaba la mitad de la noche aconsejando a las dependientas solteras para que se casaran a toda prisa, no fuera a pasarles como a ella. «No os podéis figurar lo mala que es la soledad. Casaos», les decía entre trago y trago. «Casaos», insistía, «que el traje lo pongo yo». A Ana, la más joven de sus empleadas y la única que no tenía pareja, la regañaba por haber roto con Juan Carlos, su novio de toda la vida. «Tan

buen chico que era», le reprendía. «Dios le da pan a quien no tiene dientes: unas rechazan lo que otras quisieran.» Las que tenían marido le respondían que era ella la que no apreciaba su suerte, sin nadie a quien aguantar, sin ronquidos que soportar ni ropa que lavar.

—Las solteras no os dais cuenta de que el día que metes en la lavadora el primer calzoncillo sucio has firmado la sentencia de muerte del amor.

La envidiaban, le decían, sin compromisos ni obligaciones, sin miedo a que conozcan a otra más joven, más guapa, mejor. Y puestas a confesar acababan confesando, medio achispadas también, que su vida sexual tampoco era para tirar cohetes porque a los hombres, reían, se les va la fuerza por la boca.

—Y cuando no se les va, piensan que cuando ellos acaban ya se ha terminado la fiesta.

Ni por esas Amelia se convencía. Vivía instalada en su propia desgracia, pero que se hubiera acoplado con aparente comodidad no significaba que se resignase a ella.

—Algún día voy a hacer una barbaridad —decía Amelia Madrid.

Y la hizo, un viernes de final de mes, al volver de cenar. Estaba en su dormitorio, des-

nudándose. Aún no se había quitado el maquillaje y se paseaba por el cuarto con una combinación de satén color berenjena cuando sonó el timbre.

Amelia ya sabía quién era cuando fue a abrir, enfadada.

—¿Otra vez usted? —le dijo desde el telefonillo—. Ya le he dicho mil veces que esta no es su casa, que usted vive en el patio diez, que este es el patio ocho, por Dios. No debería beber si no sabe aguantar la bebida...

Iba a continuar diciéndole que la tenía harta, que esas no eran horas, que la había despertado y que despertaría a todos los vecinos, cuando oyó unos golpes en la puerta.

—Abre, mujer —susurró el hombre, al otro lado. Se rió antes de seguir hablando—. Abre, que tengo una cosita para ti.

Amelia se asomó a la mirilla por curiosidad. Hacía años que aquel individuo se confundía de piso cada vez que se emborrachaba y la despertaba en plena noche, pero normalmente llamaba desde el patio y ella le convencía por el interfono de que se fuera a su casa. Nunca le había visto la cara porque sólo iba a su piso para dormir, pero lo sabía casi todo de él: se llamaba Domingo Dalmau pero le decían el



*Chuchi* por su incuestionable parecido a los perros pequineses, se dejaba la vida en los chatos de vino, trabajaba sólo de vez en cuando, no tenía ni hijos ni una buena relación porque los gritos de Asunción Piquer, la Susi, su mujer, se colaban por el deslunado casi todas las noches y algunas veces, hasta la oía llorar. Pero no le daba pena; pena sentía sólo por ella misma. Por eso se acercó a la puerta, sigilosa, sin hacer ruido, empujada por la chismosa borracha que llevaba dentro y porque era un viernes de final de mes. Porque si no hubiese sido precisamente ese día, ni se le hubiera ocurrido ladear la chapa de cobre y curiosear.

El *Chuchi*, en el rellano, ajeno a su equivocación, se atusaba el pelo y se recomponía el nudo de la corbata. En una mano llevaba un ramo de flores medio deshecho, recogido del primer contenedor que le hubiese pillado de paso y que aún conservaba restos de basura, y con la otra mantenía pulsado el interruptor de la luz. Era bajo, estaba medio calvo y lucía una sonrisa bobalicona que hubiera hecho reír a cualquier mujer que no fuese virgen y que no hubiera estado sola y todavía borracha. Amelia dudó un segundo. Uno solo. Después, abrió la puerta.



Amelia apagó la luz, por si acaso, y abrió unos centímetros, los justos para que Domingo Dalmau se colase en su casa y en su vida. Le besó allí mismo, en el recibidor, casi con violencia, con hambre atrasada de tantos años de ayuno. Le mordió los labios, le atrapó la lengua entre los suyos, le desabrochó la camisa, le arrancó los pantalones y tiró las flores que fueron a parar, desparramadas, a un rincón del salón. Cogió las manos del *Chuchi*, que a esas alturas estaba más desconcertado que ebrio, y le guió por su cuerpo; por sus pechos, que dejaron de ser pechos y se convirtieron en tetas cuando él se las tocó, por sus caderas, por su entrepierna, húmeda y palpitante.

—Pero mujer, ¿qué te pasa? —le preguntó, tan confundido que pareció haberse recuperado de la borrachera—. Enciende la luz, anda.

Amelia no le hizo caso. Todo lo contrario, lo llevó al sofá y le preparó un buen whisky, que le hizo beber a oscuras, y luego otro, y después otro más que el hombre, vencido al fin, terminó bebiéndose directamente en la piel de Amelia. La penetró con suerte y esfuerzo, porque con tanto alcohol apenas podía mantener la erección, pero a Amelia, que no había visto otra en su vida, aquella le bastó.



Acostumbrada a actuar en un monólogo sombrío, esa madrugada Amelia se volvió voluptuosa, sensual, desvergonzada, caliente, se comportó como si verdaderamente hubiera estudiado en París, y de no haber sido porque temía que su voz delatase su engaño, le hubiera dicho a su vecino cosas que hasta ella misma le daba vergüenza pensar. Pero, sobre todo, tomó conciencia de su desgracia: el sexo a solas ya nunca volvería a ser lo mismo. Y entonces sí que se cagó en su madre, en silencio, impotente, indefensa.

Cuando se le pasó el sofoco y comprobó que dormía como un tronco, lo vistió y lo arrastró hasta su casa verdadera. Llamó al timbre y se escondió entre los coches, hasta que su auténtica mujer bajó a recogerlo. Tenía el pelo enredado y las huellas de las sábanas estaban marcadas en su cara, que mostraba una evidente expresión de enfado. No la podía oír, pero imaginó lo que le estaría diciendo: «otra vez, me vas a matar a disgustos», «encima me despiertas para que te abra», «no sé por qué sigo casada contigo». Sonrió. Mientras le hablaba, la Susi se ajustó la bata, una bata triste, estampada de flores gastadas, y se metió las manos en los bolsillos. Tendrá frío, pensó Amelia. A ella



misma le entró frío, un frío intenso que se le coló tan adentro de su cuerpo que le dolieron los huesos. Como Domingo no reaccionaba, su mujer tuvo que sacar las manos, lo que le provocó más fastidio. Lo cogió de los sobacos y olisqueó su camisa. Torció el gesto. Olerá a mí, pensó Amelia, y se olfateó a sí misma con una mueca parecida a la de la esposa, y en ese momento se dio cuenta de lo que había pasado, de lo que había hecho, en lo que se había convertido, porque estaba convencida de que mientras el destino no le pusiese en su camino a un hombre sobrio y dispuesto a amarla, ella seguiría abriéndole la puerta al marido borracho de aquella mujer cada vez que se equivocase de casa.

Le pareció tan absurdo que le entraron ganas de reír, pero al levantar de nuevo la mirada para espiar a su amante le asaltó por sorpresa el reflejo de una vieja despeinada y con el carmín corrido que la observaba desde el cristal del coche que le servía de escondite. En ese momento sí que tuvo frío, frío de vivir la vida que le esperaba. Y entonces se echó a llorar.